

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XVI. — NÚM. 730

Madrid, 29 de Agosto de 1935

PRECIO: 25 CÉNTS.

CRÓNICA

El Cristianismo y la lucha de clases.

Así se titula el último libro de Nicolás Berdiaeff, filósofo ruso. En la portada de la versión española reza el siguiente subtítulo: «Dignidad del Cristianismo e indignidad de los cristianos.» El libro está dedicado a la memoria de Carlos Marx, maestro social en la juventud de Berdiaeff, y de quien éste se ha vuelto actualmente adversario ideológico. Tanto el tema como la obra merecen ser reseñados en nuestra Revista.

Realidad de la lucha de clases. La reconoce el autor como hecho indiscutible, no de hoy, sino de todos los tiempos; pero en nuestra época, con un desbordamiento sin precedentes en la Historia. En las sociedades humanas siempre hubo lucha de grupos sociales: de razas, de nacionalidades, de generaciones, de familias, de cultos religiosos, de órdenes y agrupaciones profesionales. Hoy es la lucha de clase contra clase, de la dominada contra la dominadora, de ésta contra aquélla, lucha de máxima crueldad. Aunque ya otros intelectuales habían vislumbrado esta lucha, Marx es quien tuvo noción más clara de su encarnizamiento; redujo el conflicto a dos grupos sociales: capitalistas y proletarios, explotadores y explotados. En la lucha de los partidos políticos veremos que se esconde siempre el interés de una clase: el interés del alto capital financiero, industrial y comercial; el interés del pequeño caudal y comercio modesto; el interés de los trabajadores obreros y campesinos. Berdiaeff señala que no sólo la política en tiempo de paz, sino hasta las revoluciones ofrecen un carácter de clase: «Sea cual sea el simbolismo o emblema ideológico, son siempre las clases oprimidas y encadenadas las que se rebelan contra las clases privilegiadas y dirigentes; siempre son resultado de un deseo de compensación, por los resentimientos acumulados, las humillaciones soportadas. La venganza de clase representa siempre un papel esencial en toda revolución.»

Negación de la lucha de clases. Recuerda el cronista a Margareta Nelken condoliéndose de esta negación:

—Oigo constantemente en ciertos sectores sociales, repetido hasta la saciedad, que tal lucha es una mentira inventada por los socialistas, por el odio socialista; y me dirija donde me dirija, en lo grande y en lo pequeño, en cuanto nos rodea, yo la siento surgir implacable.

Así es. En el mundo capitalista, entre los bien avenidos con el actual régimen social, y, sobre todo, entre los hombres de la jurisdicción, se niega tal lucha, pues empieza por negarse hasta la existencia de clases. Dice la ideología burguesa que no hay clases porque ante la ley todos los hombres son iguales, todos con los mismos derechos y deberes: «Los privilegios de casta han desaparecido o han sido suprimidos; el pobre puede llegar a millonario y el millonario volverse pobre. Política y jurídicamente, no hay diferencia entre ellos.» No existen clases, no existe más que individualidades. En la lucha individual la victoria pertenece al más fuerte, al más afortunado, al mejor, al más útil.

Es un hecho la igualdad ante la ley escrita. No así en cuanto se trata de aplicar la ley, todo benevolencia para unas clases, todo rigor para otras. Ciego ha de ser quien no se dé cuenta, precisa-

mente en nuestros días, en España y fuera de España.

Y si hay igualdad entre la ley, ella desaparece si pasamos al terreno de las relaciones económicas. Sin meternos en otras consideraciones, podemos presentar el ejemplo de

nuestras cédulas personales, en que hay trece clases, es decir, trece categorías sociales. Y es lucha constante entre los hombres de las cédulas inferiores y los hombres de las cédulas superiores; éstos son los capitanes de industria, los hombres de presa; aquéllos, los del mísero jornal, cuando trabajan, o los del paro forzoso.

La mentira marxista. El Berdiaeff socialista ha evolucionado. Ya no es discípulo de Marx. Para él, ahora, el marxismo, bien analizado, es una mentira: «... porque Dios, es decir, la Fuerza Suprema y Manantial de toda Fuerza, existe. Todo se resuelve en la vida por la fuerza social; pero la fuerza suprema no es la economía, no es la lucha de clases; la fuerza suprema es el espíritu. La materia es impotente, inerte, pasiva; sólo el espíritu es activo, mueve a los materialistas mismos que le niegan».

Pero no es sólo en esto. Para el Berdiaeff de ahora toda la teoría de Marx está plena de equívocos y contradicciones. Lo hay en el concepto mismo de «burguesía», aplicado unas veces a una clase que ha surgido bajo el régimen capitalista, determinada por su modo de producción; otras veces designando el conjunto de las clases dirigentes, «que en todo tiempo fueron explotadoras y que gozan de bienes materiales. De modo que, según el marxismo, todas las clases fuera del proletariado son burguesía; todos los representantes del trabajo intelectual están comprendidos en ella. La palabra «burguesía» pierde su carácter verdadero y adquiere carácter de símbolo.» Otro error consiste en no ver al hombre más allá de la clase, y en ver, en cambio, a la clase más allá del hombre. Y otro, en considerar al proletariado una clase más buena que la burguesía. Y así en la teoría de la plusvalía y en todo el sistema marxista.

Punto de vista cristiano. No se puede negar en principio la existencia de la lucha de clases, el antagonismo de clases, la existencia de explotadores y explotados, y el hecho de que la mentalidad de clases tuerce las ideas y disfraza la verdad. La conciencia cristiana desaprueba tal estado social, lo considera reprensible y pide su enmienda. Pero a los cristianos que viven en un mundo así no les queda más solución que cargar con su cruz, no pueden quedarse al margen de una lucha desgarradora de fuerzas opuestas. Si la religión no puede establecer un sistema económico de valores universales, si la Iglesia no profesa verdades políticas y económicas y deja a los hombres en libertad entera en cuanto al orden social, ¿qué hacer?

«La conciencia cristiana debe condenar, desde el punto de vista religioso y moral, la explotación del hombre por el hombre, de la clase por la clase, y debe tomar la defensa de los trabajadores y de los explotados, pues la fe cristiana aprecia ante todo la personalidad, el alma humana. De modo que le es imposible no condenar el régimen de vida bajo el cual un individuo, un alma, se encuentran convertidos en instrumento inhumano del proceso económico.» Nada más opuesto al Cristianismo que admitir, desde el

punto de vista social, como mejor, al vencedor, al más fuerte, a quien favoreció la riqueza, cual si fuera recompensa en gracia a virtudes. La verdadera base de la vida económica es el trabajo. El Cristianismo lo reconoce como función sagrada que debe tomar bajo su protección. Merece protección la propiedad adquirida por el propio trabajo. No así la propiedad adquirida estrujando al prójimo, hasta que, a fuerza de jornadas largas y jornales cortos, no da más de sí. Entonces se le arroja como trasto inservible. El privilegio de los capitalistas estriba en ser propietarios de los medios de producción, fábricas, minas, tierras; el hombre privado de estos medios, si quiere existir, tiene que vender su trabajo al precio que los amos quieran pagarlo. Está libre al parecer, goza de idénticos derechos políticos que los capitalistas, «pero, en realidad, su libertad consiste en poderse morir de hambre si no se amolda a las formas penosas y degradantes del trabajo manual. Se entiende por libertad de trabajo la de venderse como mercancía. Libertad bajo la triste amenaza de no poder subsistir.»

Ni aun así. Ni aun vendiéndose como mercancía se puede vivir. De ello dan fe las multitudes en paro forzoso, o las obligadas a jornales de hambre.

No se puede en los reducidos límites de una crónica comentar todo el libro de Berdiaeff, pero sí dedicar breves líneas a los términos del subtítulo. Cristianismo y cristianos, dignidad e indignidad.

Cristianismo. Cristianismo es amor. Escudriñad los Evangelios. No encontraréis más que amor. Consejos de amor, mandatos de amor. Toda la predicación de Jesús es amor. Toda su actuación, desde que abandona el taller de carpintero hasta que muere en la cruz, es amor. Amor, toda su vida. Los cristianos — si no se llaman

así alegremente, porque si — deben obedecer a Jesús, deben practicar amor, verdadero amor, no una ficción de amor; han de querer como hermanos a todos los hombres; a desear el bien, el bien-estar, la felicidad de los demás, hombres, mujeres y niños. Y no a desearla pasivamente, ojalateramente, sino a procurarla por cuantos medios tengan a su alcance, poniendo en ello todos sus fervores, toda su alma. Ahí, la dignidad. Las clases que alardean de Cristianismo y catolicismo romano, los sectores sociales de cruz en pechuga y solapa, ¿hacen honor a tal dignidad?

No; no hay tal honor. Y aquí está la indignidad de los cristianos; de los que se llaman así, pero que no lo son; contrabandistas del sentimiento religioso que andan por el mundo luciendo falso marchamo. La primera, la más urgente prueba de amor es facilitar a todas las criaturas alimento y vivienda, vida sana. Pagar al trabajo lo que el trabajo se merece, no explotándolo inicualemente, no estableciendo jornales de miseria. Y fomentando trabajo, en vez de restringirlo; abaratando la vida, dando a las muchedumbres capacidad de consumo. Esta es la primera prueba de amor, la más urgente. Luego hay más: elevar el nivel moral de las multitudes, acabar con la vergüenza del analfabetismo, establecer la escuela única, la enseñanza obligatoria y gratuita. Y otras más pruebas de amor. La dignidad cristiana la formuló Costa en dos palabras: Escuela y Despensa. ¿Se hace así? Todo lo contrario. Por eso hay Octubres rojos.

Jesús fustigó a escribas, mercaderes, fariseos y sacerdotes. Si hoy volviera a este mundo, fustigaría de nuevo. Y cierta Prensa, en grandes titulares, clamaría: «¡Crucifícale!... ¡crucifícale!...»

LUIS VILLOAZ.

El Tricentenario de Lope de Vega.

El literato y el hombre.

ESPAÑA, hoy tan hondamente perturbada y dividida, aparece en estos días unida y de acuerdo, al enaltecer la memoria de este ilustre e incomparable escritor. Las derechas e izquierdas, que en sus programas políticos toman actitudes irreconciliables, y en los periódicos y en las conferencias públicas se atacan con diatribas feroces y epítetos violentos, olvidan sus rencores momentáneamente para recordar la obra portentosa del más fecundo dramaturgo, no sólo de España, sino de la Humanidad, pues no existe ni pueblo, ni raza, ni continente, que haya producido otro igual o superior.

El Dr. Américo Castro, que en sus dos conferencias dadas no hace mucho en Málaga, ha hecho las más completas y hermosas síntesis de la vida de Lope de Vega, en su doble aspecto literario y humano, se pregunta a sí mismo: «¿Por qué España no conmemoró en 1862 el tricentenario del nacimiento de Lope de Vega? ¿Acaso el nacimiento es menos digno de atención que la muerte?» El Sr. Castro justifica este olvido afirmando «que la España del siglo pasado no pensaba en nada, y, en lo que se refiere al arte, no sentía estimación alguna por Lope de Vega». ¡Vaya estocada de maestro dada a esos monárquicos, tradicionalistas y cedistas que quieren presentarse como monopolizadores de las tradiciones de la España grande y gloriosa! ¡Trabajo les costaría a muchos de ellos conocer y precisar lo que es tradicional y glorioso en la España del pasado! Estamos ciertos de que mucho de lo que estos neos proclaman

genuino, grande y glorioso, la España verdadera y grande lo reputaría por espurio, mezquino y humillante.

El literato.

La famosa frase de Cervantes cuando calificó a Lope de «Monstruo de la Naturaleza», y la otra frase tan popular «Fénix de los Ingenios», están plenamente justificadas. El número de sus producciones literarias parece fabuloso, y fabulosa también la edad en que comienza. A los cinco años habla el latín con la misma facilidad que el romance, y en su imaginación pululan ya los versos, y, como no sabe escribir, da parte de su almuerzo a niños mayores para que le escriban sus composiciones poéticas. Antes de los doce años lleva escritos millares de versos. En 1603 había ya escrito unas doscientas comedias; en 1609 ascendía en número a 483; en 1620 el mismo Lope confiesa tener ya escritas 900; en 1624 llega a las 1.070, y en 1632 el total de comedias es 1.500. Según Montalbán, las comedias que escribió Lope fueron 1.800; hay que agregar a ellas muchos centenares de entremeses y unos 400 autos sacramentales.

Fitz Maurice-Kelly afirma que la obra teatral de Lope, ella sola, sin contar otros muchos escritos en prosa, es mayor que la obra total de todos los dramaturgos ingleses del tiempo de la Reina Isabel; es decir, durante uno de los más largos y gloriosos reinados de Inglaterra y en los tiempos más fecundos y clásicos, toda vez que entonces floreció también Shakespeare, el más grande

y fecundo de los dramaturgos ingleses, y uno de los mejores del mundo en la creación de tipos y caracteres humanos. ¡Qué pobres quedan en producción, cuando los comparamos con Lope, los grandes dramaturgos griegos, latinos y europeos de las épocas modernas y contemporáneas!

Y si Lope no tiene igual en fecundidad, tampoco lo tiene en la universalidad de los temas tratados. En la antigüedad y en la Edad Moderna y Contemporánea aparecen autores que han sobresalido en dos o tres aspectos de la literatura, pero para Lope no hay límite o restricción alguna. Acometió todas las empresas literarias: la Epopeya Homérica o Italiana, la Égloga, la novela romántica, los poemas narrativos e históricos, elegías y silvas sin cuento, epístolas, sin hablar de los cuentos, de los infinitos sonetos, de los muchos versos que compuso de encargo. Y eso que no hemos hablado de sus voluminosas cartas particulares, llenas de ingenio, de malicia y de atrevidas anécdotas, brillantes y entretenidas, pero muchas veces escandalosas.

Otra de las glorias de Lope de Vega es haber dado vida real en su teatro a la España del siglo XVII. Shakespeare y Cervantes serán superiores a Lope en sus tipos de carácter universal y humano; Tirso de Molina lo será en haber dado una vida más completa y real a muchos de sus tipos; pero ni Shakespeare representó tan fielmente la Inglaterra del siglo XVII, ni Cervantes ni otro escritor alguno español, a la España del mismo siglo, como supo retratarla en su teatro Lope de Vega. El Sr. Américo Castro ha sabido caracterizar magistralmente, y con frase feliz, este aspecto de la obra literaria de Lope, cuando dijo que fué el «Máximo portavoz» de la España del 1600; así como tuvo otra muy feliz expresión al hablarlos del hombre y caracterizarlos a Lope como «Un alma a la intemperie».

Lope es también tipo representativo de

la multiplicidad de aspectos en que se des-
volvía la vida del español medio en di-
cho siglo. Es cantante, bailarín, seglar,
eclesiástico, civil, militar, plebeyo y aris-
tocrata a la vez; maneja el breviario, como
esgrime la espada.

El hombre.

Hemos estudiado brevemente al literato;
examinemos ahora al hombre, con tanta
más razón, cuanto que en Lope aparecen
las lacras abominables y funestas que la
Contrarreforma produjo en España y en
Europa. Muchos católicos, y particular-
mente el Jesuitismo, miraron a la Contra-
rreforma como algo glorioso, enaltecedor
y sublime. Nos dirán que por medio de la
Contrarreforma España subió a la cúspide
de su gloria y poderío. ¡Mentecatos!, qué
poco han ahondado en la verdadera historia
española; de lo contrario, sabrían que esa
Contrarreforma que en substancia no fué
más que el Romanismo y el Jesuitismo com-
binados, es decir, dos cosas antitéticas al
verdadero genio español, fué la lepra que
carcomió a España y la hizo decaer desas-
trada y vergonzosamente. No podemos en
este artículo entrar en mayores detalles,
pero tenemos a mano datos más que sufi-
cientes para probar que el famoso Concilio
de Trento, en que cristalizó la Contrarre-
forma, fué la mayor calamidad que sobre-
vino a España.

Pero fijémonos bien en Lope de Vega como
hombre, para ver palpablemente el des-
acuerdo que reina en la España del si-
glo XVII entre lo que se cree y lo que se
practica, entre el Dogma y la Ética. La Es-
paña de ese siglo hará hincapié severísimo en
una ortodoxia férrea y complicada. Encen-
derá las hogueras inquisitoriales para pre-
servar esa ortodoxia, pero tendrá manga
ancha para la moral cristiana. Y los pri-
meros en pisotear esta moral serán los
frailes, las monjas, los mismos inquisidores
(recuerden mis lectores que Lope de Vega
era familiar de la Inquisición, es decir, un
oficial menor de dicha institución). ¿Cuán-
tos son los resultados de este desacuerdo
entre el Dogma y la Moral? Una general
hipocresía que invade a Europa, y muy
principalmente a España. El mismo señor
Castro, a quien ya hemos citado dos veces,
y hemos de citar aún antes de concluir
este artículo, ha escrito páginas admirables
en su importante obra «El pensamiento de
Cervantes», para demostrar cuán grande
era la hipocresía en Europa y en España
tan pronto como la Contrarreforma vino
a dominar la vida oficial y pública.

Las derechas, como quieren que Lope ven-
ga a encajar dentro de la pléyade de hom-
bres gloriosos en una España también glo-
riosa y grande, no ven cómo reconciliar al
literato incomparable con el hombre tan-
tas veces adúltero, no pocas verdaderamen-
te criminal, aquí y allá apache, y en sus
últimos años en contubernios vergonzosos
y sacrílegos. ¿Cómo podremos, se preguntan
ellos, compaginar todo esto? Negarse no
se puede, pero es preciso que la tradición
no quede deslustrada y en vez de gloria
recibamos ignominia y oprobio. Aquí nos
inventarán las derechas una teoría muy
especial para sacar a Lope del atolladero
de inmoralidad, crímenes, adulterios y sa-
crílegos. Es preciso encontrar algo mágico
que salve a nuestro héroe, que lo purifique
y que lo haga subir al cielo arrepentido,
perdonado y santificado. Para toda perso-
na que conozca, siquiera sea medianamente,
la Reforma y la Contrarreforma, la teoría
seguida por las derechas, o le hará reír a
carcajadas, por lo absurda y contradictoria,
o le hará crispar los nervios, por lo ilógica
e hipócrita. La Contrarreforma ha hecho
mucho hincapié en una frase de Lutero:
Pecca fortiter et crede fortius, «Peca fuer-

temente y cree con mayor fuerza». Se han
tapado los oídos llenos de indignación, se
han rasgado las vestiduras llenos de escán-
dalo, y han exclamado: «¡Ahí tenéis los fru-
tos de la Reforma; pecado, inmoralidad,
escándalos». Olvidan que dicha frase tiene
un valor teológico muy análogo a la frase
famosa de Agustín: *Ama et fac quod vis*,
«Ama y haz lo que quieras». Así como el
que ama no puede hacer a sabiendas nada
que sea desagradable al amado, así también
el que posee esa fe poderosa de Lutero, fe
que une con el Salvador y regenera al alma
creyente, tampoco puede hacer nada que a
sabiendas sea contrario a Cristo. Además,
la indicada frase la escribe Lutero a Me-
lanchthon, hombre de intachable conducta,
de honradez a carta cabal; pero que en
aquellos días estaba pasando por un perío-
do de perplejidades que un director católico
llamaria periodo de escrúpulos. Pues bien,
estos derechistas saldrán del paso fijándose
en la fe sin obras de Lope; más aún, en una
fe mancillada y degradada con adulterios,



LOPE DE VEGA

crímenes, sacrílegos, y nos dirán muy ufa-
nos: ¿Acaso Lope no escribió piadosos so-
netos a Cristo Crucificado? ¿No tuvo devo-
ción a María? ¿Qué más necesitamos? Les
importa muy poco que en los mismos días
en que escribió esos sonetos, y por muchos
años después, viviera en un continuo con-
cubinato, o adulterio, o sacrilegio. Bonilla
y San Martín hace años contestó a este
efugio de las derechas, cuando dijo: «Vie-
nen semejantes frases a la vida de Lope,
como a un santo Cristo dos pistolas». Pero
no es de maravillar la contradicción, por-
que se da en la vida de casi todos nuestros
grandes y católicos escritores. Es la tesis
de Don Juan Tenorio, y la manera más
cómoda de conducirse. *Pecca fortiter*, que
después, con pedir perdón y recibir un
hábito, habrás hallado el remedio, y aquí
no ha pasado nada. Así, el capitán Alonso
de Contreras, Caballero del hábito de San
Juan, cuya curiosa vida ha dado a luz re-
cientemente el discreto y laborioso erudito
D. Manuel Serrano y Sanz, después de ha-
ber matado, robado y quebrantado una por-
ción de mandamientos «entra en cuenta
consigo y se resuelve a irse al desierto a
servir a Dios en una ermita», sin perjuicio
de volver luego a las andadas.

Hace poco el A B C, en un mismo nú-
mero, publicaba el juicio crítico de Tomás

Borrás sobre dos obras referentes a Lope
de Vega: una, de Luis Astrana Marín, «La
vida azarosa de Lope de Vega», en que el
autor nos habla de los adulterios, concubi-
natos, sacrílegos y crímenes de Lope de
Vega. Nos presenta una lista de las mu-
jeres que naufragan y se hunden en el mar
tempestuoso de la vida de Lope: «la Mar-
tisa, Elena, Isabel, Juana, Antonia, Micaela,
Geromina, Luca, Marta... que sepamos». Supone que hubo otras más. La otra está
escrita por un fraile, P. Félix García, titu-
lada «Lírica religiosa de Lope de Vega», y
el fraile, como buen derechista, es más lute-
rano que Lutero cuando le conviene, pues
con un poquito de fe, con un golpecito de
pecho y con devocioncillas a la Virgen,
construye una especie de escala mística
para que nuestro Lope, aunque le tiren de
las sotanas hacia abajo tantas mujeres vio-
ladas, tantos adulterios y sacrílegos come-
tidos, suba tan contento, tan puro y tan
santo, como un San Pablo. El crítico señor
Borrás se pregunta: «¿Tendrá en esa con-
tradicción su raíz la devoción de los espa-
ñoles a la Virgen por intercesora *triumfan-
te*?» Aquí está el intríngulis de la cuestión,
y a la vez la más burda de las caricaturas
del Cristianismo. ¡Qué bien censuró hace
ya años Miguel de Unamuno esta prepon-
derancia dada a María contra el Evangelio
y contra las verdaderas tradiciones religio-
sas de España! «A la Virgen María la en-
diosa la muchedumbre cristiana cada día
más, y por honrarla a ella, olvida casi el
culto del Hijo. Los católicos la empujan
hasta ponerla al lado del Padre, y así hacer
la Cuaternidad, en vez de la Trinidad, a
no ser que se la identifique con el Espíritu,
como con el Verbo se identificó al Hijo...
A Dios se le concibe no como *homo*, sino
como *vir*, con sexo masculino, como padre,
y esta concepción había que compensarla
con la concepción de una Madre, que no
conoce más justicia que el amor. Las lágri-
mas maternales borran las tablas del *Decá-
logo*... Junto al Dios masculino hemos
puesto un Dios femenino, al Dios-Padre le
hemos completado con la Diosa-Madre». Muy bien dicho. Quien haya leído «Las
glorias de María», de Ligorio (no se olvide
que es italiano y romanista por excelencia),
encontrará casos como éste: «Un santo vió
una vez dos escalas que llegaban de la tie-
rra al cielo; a la cabeza de una estaba Je-
sucristo, y de la otra María; y notó que
muchos que subían por la escala donde es-
taba Cristo caían otra vez hacia la tierra;
pero ninguno de los que subían por la es-
cala que presidía María dejó de subir al
cielo, con lo cual comprendió el santo que
era más seguro confiar en María que en
Cristo». Otros casos tan fantásticos y ri-
dículos como estos: «Un notario que había
cometido toda clase de crímenes convivía
con un demonio en la forma de mona o
mico que sólo esperaba que dejara una sola
noche de rezar el Ave María para estran-
gularlo y llevar su alma al Infierno. Pero,
el demonio, a pesar de haber vivido mu-
chos años con el notario en forma de mona
o mico, no pudo llevárselo al Infierno por-
que todas las noches el notario rezó el Ave
María». «Un hombre muy malvado murió
en un desierto. No pudo confesarse, pero
rezaba todos los días su Ave María. Su
cuerpo se pudrió, ya no quedaba más que
el esqueleto y pasó por allí un fraile y el
alma que estaba unida al esqueleto se con-
fesó y se salvó, y todo por haber rezado
todos los días un Ave María». Hace ya
más de treinta años que no hemos leído
«Las glorias de María», pero estamos cie-
tos de que decimos verdad. ¿Tiene nada de
particular que una religión tan antievan-
gélica, tan antiespañola, sea despreciada por
la mayoría de las personas cultas y que
no han perdido todavía el sentimiento pro-
fundo de la moralidad?

Lope como protesta.

El Sr. Américo Castro tiene mucha razón al afirmar que Lope de Vega en su teatro presenta, para sí mismo y para el pueblo español, una especie de válvula de escape contra las exageraciones dogmáticas, místicas y ascéticas del siglo XVII. Vale la pena de que copiemos algunas de sus sentencias como conclusión de este artículo. «La educación del hombre español de fines del XVI estaba orientada hacia un ideal extrahumano, se creía un pueblo ungido, destinado para la Divinidad y a las máximas empresas...» No había diarios ni revistas formadores de conciencias, pero esta falta la suplía el eclesiastismo, cuya influencia conducía al idealismo ascético y a la convicción de que la vida es un sueño, un viaje raudo para obtener la única vida

posible: la otra vida. Convicción ésta que se plasmaba en los muros en inscripciones como ésta: «¡Oh, qué poco lo de acá! ¡Oh, qué mucho lo de allá!» Lo corroboran los anatemas de Fray Alonso de Cabrera, predicador de Felipe II, contra lo que él llama amores ilícitos y placeres prohibidos; la inscripción fría, lacónica, de la lápida de un arzobispo de Toledo: «Todo es ceniza, polvo, nada». Por fortuna, a pesar de lo que dicen los predicadores, este programa no se pudo realizar...

Lope de Vega, audazmente, tiende al pueblo español de entonces una escala de salvación ante la traba que le impone la ascética...

En suma, vemos en Lope el afán y la preparación para una salida al espíritu brutal de la España del siglo XVII.

JUAN ORTOS GONZÁLEZ.

CRÓNICA LUSITANA

DESPUÉS de una larga ausencia de estas honrosas columnas, empiezo por saludar a los lectores de ESPAÑA EVANGÉLICA y prometerles reanudar estas relaciones mentales y continuarlas con más asiduidad que hasta aquí.

Mi ausencia fué debida a mi viaje por las colonias portuguesas de África, donde llegué el 23 de Noviembre del año antepasado, y de los trabajos consiguientes, que me absorbieron estos siete meses posteriores.

Algunos hechos y cifras os darán idea de lo que fué este viaje, de lo que es la obra misionera realizada desde hace medio siglo en aquellos parajes, y de lo que será la nueva directriz que las Juntas de Misiones van a adoptar, y para lo cual desean mi modesto concurso.

Si aun no hubiera transatlánticos y automóviles, habría sido mi viaje de diez meses, un viaje de más de ocho años en barco de vela, caballo y palanquín.

El palanquín es el vehículo que los europeos usaban en África durante siglos, llevado sobre los hombros de dos indígenas. Aun hoy, en la isla de Madera, todavía se hace uso de algo parecido.

En estos diez meses, en las islas de Cabo Verde, y Santo Tomé, y en las vastas colonias de Angola y de Mozambique prediqué a más de 68.000 personas, tuve entrevistas con unos 70 funcionarios públicos, visité más de 50 estaciones misioneras, y hasta 11 más en el Protectorado inglés de Niasalandia.

De los datos estadísticos que pude reunir resulta que en el África portuguesa hay más de medio millón de adherentes al Cristianismo evangélico y unos 70.000 comulgantes, y aquel número se elevará a 530.000 si unimos los de la Metrópoli y los de Macao, resultando unos 75.000 comulgantes.

Los resultados inmediatos del viaje, que ya empiezan a apreciarse, son: el envío en breve plazo de un misionero inglés a Cabo Verde, con la mira de infiltrarse en la Guinea portuguesa; el establecimiento de una hospedería americana, también en Cabo Verde; una visita de siete meses de los

señores Monteih; casa misionera australiana en la isla de Santo Tomé, donde hicieron excelente trabajo; la organización de la Alianza Evangélica Angolense, con representación en ella de todas las sociedades misioneras que trabajen en aquella Colonia, catorce veces y media mayor que Portugal; reconocimiento de la primera asociación indígena mozambicana de culto evangélico, en la ciudad de Beira.

Los planes, sin embargo, son mucho más vastos, pensándose en la coordinación de las actividades de varias sociedades extranjeras en Portugal y en las Colonias.

Una agencia de correlación de los esfuerzos misioneros en los territorios portugueses y en la lengua portuguesa tendría que considerar extensas regiones y grandes masas de población: el imperio portugués, que en el Asia y en la Oceanía todavía no han sido atendidos por el Evangelio y que tiene 1.300.000 habitantes, y las colonias portuguesas sin bandera, en Marruecos, Bermudas, Trinidad, Estados Unidos, Brasil, Argentina, Chile, Honolulu, Sidney, Ceylán e India inglesa, Hon-Kong y Palestina.

El problema de la evangelización en portugués nos lleva al problema de la importancia de la lengua portuguesa, el sexto idioma comercial del mundo, después del inglés, francés, alemán, italiano y español.

Si el portugués fuese un dialecto español, serían juntos la tercera lengua comercial del mundo, y se enfrentaría con el ruso y el chino como idiomas hablados; pero no lo es y tenemos que aceptar los hechos. La «lengua de las flores», como la llamó Cervantes, tiene su genio peculiar, su literatura propia y su historia autónoma, a pesar de sus afinidades, que mucho le honran, con la bella lengua española.

Co-dialecto del portugués es el dulce *falar galego*, que con él nació en el siglo XII, y se diferenció en el siglo XVI. Madre del portugués es la lengua provenzal, y su abuela legítima, como de su hermano el español, es la noble lengua del Lacio.

Todos nosotros sabemos esto, amigo lector; mas si me atreví a recordarlo ha sido debido a los ciento veintitantos diputados brasileños firmantes de una proposición para que a la lengua que se habla en Brasil se le llame lengua brasileira.

¡Qué rematada locura! Si hay diferencias fonéticas y vocabulares entre Brasil y Portugal, también las hay entre las regiones del enorme Brasil, y hasta entre las provincias del pequeño Portugal. Además de esto, ello justificarían que en el día de mañana se crearan en el vasto imperio colonial portugués tantas lenguas como diferencias dialectales existan.

Si los diputados, queriendo someter los hechos naturales a las leyes artificiales, llevarán su propuesta adelante, en el campo de la ciencia glosológica, poseería mañana no la lengua portuguesa, de gloriosas tradiciones, sino un oscuro dialecto de la lengua portuguesa, esperando la gloria que los siglos le traieran.

Y ya que hablamos de leyes, hablemos un poco de la Constitución portuguesa, publicada en el *Diario Oficial*, del día 2 del corriente Agosto, en su redacción definitiva.

La Constitución portuguesa es *familista, corporativa, tolerante e católica*. Nos llevaría mucho tiempo y no poco espacio estudiar la definición. Pero voy a tratar de explicarlo en pocas palabras.

Como reacción anti-comunista, se fija en el movimiento corporativo que marcha por el mundo, y proclama la *familia* como la célula inicial de la sociedad. Nadie dudará que dentro de esos dos principios básicos puede desenvolverse una sociedad netamente cristiana. Además de esto, nuestra Constitución proclama la inviolabilidad de la conciencia religiosa y la libertad confesional, principio excelente y asimismo indispensable para el progreso y felicidad colectiva de una nación.

Lo que me parece difícil es armonizar esta hermosa tolerancia con la imposición católica romana implícitamente derivada de la reciente enmienda a la Constitución, obra de la diputada D.^a María Guardiola.

Procuraremos, no obstante, una explicación ideológica de esta enmienda.

El nuevo Estado portugués no es totalitario, en el sentido de no reconocer autoridad encima de la suya. De hecho reconoce la moral y se somete a ella. El individuo es totalmente inferior y debe vivir para la familia; en primer término, para la corporación en segundo lugar, y para la nación, que incluye y sobrepasa a la familia y corporaciones; pero tiene anteriormente al Estado, el imperativo de la moral, determinada además por el mismo Estado.

Pero surge en seguida un grave problema de ética: ¿Qué moral? Y la respuesta es: la cristiana, según las tradiciones del país.

Y en la práctica, esta expresión «cristiana, según las tradiciones», está siendo interpretada por «católica, apostólica y romana».

EDUARDO MOREIRA

San Pedro de Sintra, 10 de Agosto de 1935.



REVELACIÓN

La mujer samaritana.

CUANDO pensamos en la gran tragedia de la Humanidad, nuestros corazones casi desfallecen y nos abruma el pensamiento de la necesidad suprema de cada individuo de la raza humana. Encontramos a nuestro alrededor hombres y mujeres que viven muertos de temor. Un célebre doctor ha dicho que la mayor parte de los enfermos en hospitales y clínicas sufren de trastornos mentales. Miles de personas son víctimas del terror y de la desesperación.

El cristiano verdadero tiene, en los días en que vivimos, una responsabilidad mayor que en cualquier otro tiempo de nuestra generación, porque, aunque no ha habido grandes cambios en la condición mundial, hay, sin embargo, un gran número de personas que están dispuestas a admitir que tienen necesidad de algo. Algo sobrenatural que el mundo no tiene ni puede dar. Nosotros, que hemos pasado de las tinieblas a la luz y de muerte a vida, sabemos cuál es el único remedio que puede curar las necesidades de esta Humanidad. Por lo tanto, cada cristiano tiene una obligación solemne de hablar a todos aquellos que están a su alrededor las palabras de vida cuya luz disipará las tinieblas y satisfará las necesidades de las personas que nos escuchan y quieran aceptar lo que Dios ofrece.

Hay una hermosísima historia en el Evangelio según San Juan, que nos enseña lecciones muy a propósito para los tiempos en que vivimos. Es la historia del encuentro de la mujer samaritana con Jesús. Encontramos en esta historia lecciones para el cristiano y también para aquellos que no lo son. Hay en ella aquello que puede librar al alma de la desesperación, y aquello que es capaz de encender el fuego del cielo en otros; pero sobre todo, encontramos en esta historia la entrada de la vida eterna en el ser humano, de manera que es posible estar poseídos, aquí y en este instante, de un poder y una presencia divina más sublime de lo que somos capaces de concebir.

Nos proponemos narrar esta historia de la manera más sencilla. El Señor Jesucristo es el centro del cuadro, y aunque otras personas entran en escena, brillan con la luz reflejada de Él. La mujer samaritana misma nunca hubiera sido conocida en el mundo, de no haber sido por esta conversación que tuvo con el Señor, pero por este contacto que tuvo con Él, ella pertenece a la clase de mortales de quienes Daniel el profeta dijo: «Los entendidos resplandecerán como

el resplandor del firmamento; y los que enseñan a justicia la multitud como las estrellas a perpetua eternidad». (Dan. XII, 3).

Nuestro Señor iba de Jerusalem a Galilea y tenía que pasar por Samaria. Llegó con sus discípulos a la pequeña aldea llamada Sychar. El camino se extendía por el valle, la aldea estaba arriba en la colina, donde sus habitantes podían protegerse mejor de los peligros de aquellos tiempos. En el pueblo no había agua, de manera que los vecinos tenían que bajar por aquel pedregoso camino a la antigua fuente de Jacob.

Y ahora vemos un pequeño detalle que demuestra la naturaleza humana del Señor. Él estaba cansado del camino, y así se sentó junto a la fuente a descansar de la fatiga, mientras los discípulos subieron a la aldea para buscar algo que comer. En ese momento llegó a la fuente una mujer de Samaria a buscar agua, la cual se sorprendió grandemente al oír que Jesús le pedía de beber. Su sorpresa era bien fundada, pues los judíos miraban a los samaritanos con desdén, y tenían a mal el tratar con ellos. Estos samaritanos eran una raza mestiza fuera del seno de la ley, porque ellos no querían reconocer el altar del templo ni los sacrificios que, según revelación de Dios, solamente en Jerusalem podían ofrecerse. Pero este hombre, Jesucristo, no podía estar atado por el mero convencionalismo cuando se trataba de un alma a quien Él podía ayudar, y Él, que era Creador del Universo, tenía amor en su corazón para cada miembro de la raza humana. Quiquiera que seas, donde quiera que me leas hoy, tienes el derecho de saber que eres amado de Dios. Si vienes a Él aceptándole como Salvador, tienes además el derecho de sentir que Él te ama.

Así que, cuando la mujer expresó su gran asombro de que Él, siendo judío, pidiese a ella de beber, una samaritana repudiada, Jesús le contestó que Él lo hacía porque Él era diferente a los demás: «Si conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber, tú pedirías de Él y Él te daría agua viva». (Juan, IV, 10).

¿Habéis oído palabras semejantes a éstas, dichas por el Señor a la mujer samaritana? «Si conocieses...» Estas son palabras que vienen a nosotros con una fuerza incomparable. «Si conocieses...» Puede ser que haya

alguno que me lea, que no sepa, que no conozca. Cristo te dice hoy a ti estas mismas palabras. Puedes haber perdido todo, tu salud, tus bienes. Puede ser que te encuentres en una situación tal que no sepas de dónde vendrá el dinero para comprar el pan de mañana. El Señor Jesucristo te dice a ti, ahora mismo, tal como estás: «Si conocieses el don de Dios», si supieses todo lo que yo estoy dispuesto a hacer por ti y en ti solamente me dejases: te daré agua viva que será vida en ti.

La mujer aun no entendió. No había nada en la apariencia externa de este extranjero que con ella hablaba que denotase que era verdaderamente el Mesías, el Señor de gloria. Así, ella empezó a preguntar cómo podría sacar el agua si el pozo era hondo y no tenía cántaro con que sacarla. Esto demuestra cómo es el corazón del hombre. Dios viene ofreciendo un don y empezamos a medir a Dios por nuestras maneras de hacer las cosas. Si los hombres dejaran de limitar a Dios, mayores bendiciones tendrían. La samaritana solamente vió la profundidad del pozo y la falta de un cubo, y dijo, casi con sarcasmo, si Jesús pretendía ser mayor que Jacob, que les había dado aquel pozo.

No esperéis ser mal acogidos del Señor si venís a Él con alguna duda. Si sois sinceros, Él hará que vuestra duda desaparezca. Lo que Dios no puede tolerar es que useis vuestras dudas como un manto para cubrir el pecado. Durante la última guerra, los soldados que estaban en las trincheras del frente conocían los silbidos de las diferentes clases de bombas. Cuando una era oída, los soldados se escondían en el agujero más próximo, sin preocuparse de la clase de inmundicia que pudiera haber allí. Nada podía haber peor en aquel agujero que la explosión de la bomba. De esta manera es como los hombres huyen cuando Dios les habla. Él les descubre sus pecados y declara su miseria y su gran necesidad, y en seguida los hombres corren a esconderse. Y buscan como lugar de refugio las dificultades que encuentran en la Biblia, como son la ballena de Jonás, la mujer de Caín, el hacha de Eliseo, el pecado de David, la visión de Juan, etc. No hay sinceridad detrás de estas excusas, y esto Cristo no lo tolerará.

Pero donde haya una duda sincera, Él la desvanecerá. La mujer samaritana estaba intrigada acerca de esta agua que Jesús le ofrecía y por eso expresó las dificultades que en obtener esa agua ella veía. Entonces Jesús hizo la promesa aun con mayor fuerza. Y lo hizo porque Él quería incitar fe en Sí mismo. «Cualquiera que bebiere de esta agua volverá a tener sed», dijo el Señor, demostrando con esto que el agua que Él prometía no tenía nada que ver con el agua terrena, y después continuó: «Mas el que bebiere del agua que yo le daré, para siempre no tendrá sed; mas el agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna». ¡Sublime promesa es ésta!

ESPAÑA EVANGÉLICA no responde de las afirmaciones hechas en los artículos firmados, ni de las opiniones y juicios emitidos en las páginas "Revelación".

Hemos recorrido todas las fuentes de la tierra y hemos bebido de ellas, pero siempre hemos tenido otra vez sed. Algunos hombres han bebido hasta saciarse en la fuente de las riquezas, otros han bebido del agua de la fama, del honor, de los placeres. Hay muchos que han buscado satisfacción en las fuentes de la lascivia, o han bebido las aguas excitantes del crimen, pero no ha habido un hombre que haya estado plenamente satisfecho con los productos de las fuentes terrenales. ¡Pero, qué promesa es esta, salida de los labios del Señor Jesucristo! El que cree en Él será poseedor de una nueva vida que será como una fuente de agua viva que jamás se secará.

Sin embargo, la pobre mujer samaritana no estaba preparada todavía para recibir esta agua viva. Su idea acerca de esta agua era egoísta y no había en ella la menor idea del gran coste que esta agua ocasionaría al Dador. La samaritana contestó que ella desearía recibir esta agua para no tener más sed ni más necesidad de ir todos los días a la fuente a sacarla.

Llegó el momento necesario para que el Señor llevara al corazón la necesidad de esta mujer. Si un médico sabe que un paciente sufre de un cáncer, no le puede tratar como si tuviera solamente una enfermedad de la piel. Jesucristo sabía que esta mujer era un miembro de la raza humana, es decir, Él sabía que ella era pecadora. Él había venido a buscar y a salvar a los pecadores. Sin embargo, no había posibilidad de que esta mujer fuese salva hasta que ella admitiese su condición perdida, para que así pudiese Dios mostrar su gracia gratuita, la cual Él está presto a dar cuando reconocemos la realidad de nuestra necesidad y admitimos que no hay otro camino de redención sino aquel de la obra redentora de nuestro Salvador.

De manera que Jesucristo prosiguió descubriendo a aquella mujer pecadora la urgencia de su necesidad, la cual ella no había comprendido plenamente. «Ve, llama a tu marido y ven acá», le dice Jesús.

¿Cuál será su contestación a esta pregunta? Porque aquí Jesús le revela su divinidad y le demuestra que Él conoce los pensamientos de su corazón y las acciones de su vida. Ella se ve obligada a responder que no tiene marido. Obligada digo, porque inmediatamente el Señor le demuestra la magnitud de su conocimiento. «Bien has dicho, no tengo marido; porque cinco maridos has tenido; y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad».

A ti también el Señor te habla hoy, y te ofrece una fuente de agua viva que salte para vida eterna. Pero si tu corazón ha de recibir el don de esta agua eterna tienes que admitir primero tu condición pecaminosa ante el Señor. Habrá algunos que están viviendo abiertamente en pecados groseros, otros cuya norma de conducta es de una moral elevada, según el parecer de los hombres. Pero el orgullo a la vista de Dios es tan abominable como el adulterio, y el crimen será perdonado, si la persona culpable

reconoce su pecado y acepta al Salvador como un sustituto, mientras que Dios no recibirá a un hombre, por bueno que sea, si este hombre rechaza el valor expiatorio de la muerte de Jesucristo en la Cruz del Calvario.

La mujer samaritana queda confusa ante las palabras de Jesús. He aquí que un extranjero entabla conversación con ella, hablándole de una manera que jamás ella había oído. Él la ha hecho una promesa maravillosa, y ahora, de repente, le descubre sus pensamientos y acciones de su vida. Esto le hace ver a ella que éste no es un hombre ordinario, y así da el primer paso diciendo: «Señor, paréceme que tú eres profeta». Y como el corazón humano es muy perverso, esta mujer trata de evadirse de la penetración de la luz de esta santidad que le ha sido revelada, y hace todo lo posible por cambiar de conversación, tratando de empezar un argumento teológico. No sé cuántas veces he encontrado hombres que hacen esto mismo. Hablando con ellos de las cosas de Dios, les pregunto si han nacido de nuevo, o si tienen vida eterna en Cristo, o si conocen la seguridad del perdón de los pecados. Y siempre salen por la tangente, haciendo todo lo posible por evadir toda conversación relacionada con la necesidad de sus almas. Los hombres están dispuestos a escuchar acerca de los pecados, del orden social, de los hombres de la antigüedad; pero si les decís «tú eres el hombre», ellos tratarán de esquivar las implicaciones de tales declaraciones, que se han intentado solamente para traerlos al lugar donde Dios puede bendecirlos. Pero el Señor se vale del argumento teológico de la mujer samaritana para enseñarle algunas verdades más. Ella le dijo que ya que Él era un profeta, a ella le gustaría saber su opinión acerca de la antigua controversia entre los judíos y los samaritanos tocante al lugar de adoración. ¿Era en Jerusalem, como decían los judíos, o en el monte cercano, según decían los samaritanos, donde debía adorarse a Dios? El Señor fué veraz a las Escrituras en su contestación, y encontró también la manera de encaminar la discusión teológica al punto que Él se proponía. Él contestó que se acercaba el tiempo cuando los hombres no tendrían necesidad de adorar a Dios con restricciones geográficas. La adoración sería quitada de los templos hechos de manos y puesta en los santuarios del corazón de los hombres. Los padres de ella habían estado adorando en ignorancia, porque la salvación venía seguramente de los judíos. «La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren».

Este número ha sido visado por la censura.

¡Qué convicción más grande hay en esta explicación! No es la forma externa en la adoración lo que Dios busca, sino el corazón que comprende su pecado y que se da cuenta de que la santidad de Dios demanda un sacrificio no menor que la sangre de su Hijo Jesucristo. A este corazón Dios se revela, y le da la vida que necesita. ¡Qué absurdo es creer que el Creador eterno puede satisfacer con templos suntuosos, vestuarios, luces, rituales y oraciones aprendidas! No saben que Dios no vive ya en templos hechos de manos de hombres, sino que mora en los corazones de aquellos que con humildad aceptan su veredicto acerca de su condición pecadora y del sacrificio de Jesucristo.

Una vez más Jesús encaminó la conversación a la necesidad personal de la mujer samaritana, y ella una vez más trató de evadirse. Ella procuró terminar la conversación diciendo que el Mesías, el Cristo, vendría, y entonces Él aclararía todas estas cosas. Esta era una manera cortés de poner fin a toda discusión. El Mesías era mayor que cualquier profeta, ella esperaba su venida.

¿Cuál no sería la sorpresa de esta mujer ante la respuesta que el Señor le dio! Porque en palabras claras y terminantes Jesús le anuncia que Él Mismo es el Mesías. Jesucristo declaró que Él era el Mesías. Esta declaración es verdadera o es falsa. Si es verdadera, entonces Él es el Salvador. Si es falsa, entonces Él es del espíritu del anticristo. No puede haber término medio. La lisonja popular que muchos le dan a Cristo en estos días no le pertenece. Lisonjear simplemente a Jesucristo, es confesar falta de pensamiento lógico. O Él es Jehová, o es un ser equivocado con megalomanía religiosa. No es posible lisonjear a Cristo. Él ha de ser maldito o adorado, si uno ha de ser sincero con la razón. Porque Jesucristo declaró ser Jehová, y si Él no es lo que pretendió ser, la razón no puede decir otra cosa sino que Él era un engañador o un desequilibrado. Pero nosotros creemos y aceptamos su declaración. Él es lo que pretendió ser, el Dios eterno, el Creador, el Salvador, y por eso le adoramos.

Entonces vinieron sus discípulos, y la mujer, maravillada de las cosas que acababa de escuchar y de la revelación de la Persona del Mesías, dejó su cántaro en la fuente y corrió a la ciudad. Lo primero que encontró fué un grupo de hombres, que allí estaban ociosos. Ellos conocían bien a aquella mujer de tan mala reputación. A ellos habló la samaritana estas hermosas palabras de testimonio: «Venid, ved un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿si quizá es este el Cristo?» Aquí encontramos un verdadero testimonio. Esta mujer había dejado su pecado y culpa en su presencia, ella había aceptado a Jesús como lo que Él era, el Dios eterno, venido al mundo para redimir a los caídos.

Omitiremos los otros incidentes que continúan en la historia, pues queremos ocuparnos solamente de la manera como Cristo

EL ABC DE LA BIBLIA

CAP. LII. - DIOS MATA A DOS HOMBRES

CUANDO el hermoso tabernáculo estuvo terminado, y los sacerdotes estuvieron vestidos con sus finas vestiduras, ungidos y ordenados, y apartados para el servicio de Dios, entonces empezó una serie de sacrificios. Dios decía a Moisés lo que debía de hacerse; Moisés lo repetía a Aarón, y él y los otros sacerdotes hacían lo que se les decía.

Llegó por fin el día en que los primeros animales fueron ofrecidos en holocausto. Mataron los corderos y su sangre roja fué recogida en las vasijas y rociada sobre el altar y sobre los vasos que habrían de usarse en el servicio del Señor. Esta sangre era una figura de la sangre del Señor Jesucristo, que limpia de pecado a aquellos que Él usa en su servicio. Después, otros animales eran matados para el sacrificio, y los sacerdotes seguían todas las formas y ceremonias que Dios les había mandado.

Parte de los animales fueron puestos sobre el altar, encima de la leña que ya habían puesto, y repentinamente vino fuego de la presencia del Señor y encendió la leña y consumió completamente la ofrenda que estaba en el altar. Desde aquel día, una de las obligaciones de los sacerdotes era cuidar de que el fuego que Dios había encendido, no se apagara. Día tras día y noche tras noche, los sacerdotes guardaban el fuego ardiendo en este altar del tabernáculo, y lo mismo hacían más tarde, en el altar del templo cuando éste fué edificado. Cuando el pueblo vió venir el fuego de la presencia del Señor, cayeron sobre sus rostros ante el Señor.

Después que el sacrificio de sangre había sido ofrecido y el fuego había consumido el sacrificio, en el orden del servicio venía tomar el incienso aromático y quemarlo en el pequeño altar que estaba delante del velo que separaba el lugar santo del Lugar Santísimo donde estaba el arca. El incienso tenía que ser ofrecido también por los sacerdotes. Aarón tenía dos hijos que se llamaban Nadab y Abiú, y ellos, cuando oyeron que el Señor mandaba a Moisés y Aarón encender el incienso, quisieron ayudar y empezaron a quemar el incienso sin esperar a que se les dijese cómo debían de hacerlo. El fuego que ellos trajeron para encender el incienso no sabemos de dónde lo tomaron, pero sí sabemos que no fué del altar del holocausto, sino de algún otro lugar fuera del tabernáculo, pues Dios le llama «fuego extraño».

Cuando estos dos jóvenes trajeron al tabernáculo el fuego para quemar el incienso sin que Dios lo hubiese mandado, ni haberles dicho cómo debían de hacerlo, salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron. Dios le dijo a Moisés que este castigo vino sobre Nadab y Abiú porque ellos no habían considerado la santidad

de Dios. No debemos olvidar que Dios es santo y que nosotros debemos hacer, no solamente todo lo que Él nos dice, sino también debemos esperar que Él nos diga cómo debemos hacer las cosas de la manera que Él quiere. Esta es la gran lección que nos enseña la muerte de Nadab y Abiú.

Estos dos sacerdotes debían de haber recordado cómo el fuego había salido de la presencia del Señor y había quemado la ofrenda del holocausto. La sangre de la ofrenda estaba mezclada con aquel fuego, de manera que era diferente a cualquier otro fuego porque venía del Señor, y tenía que ver con la sangre del altar. La ofrenda de este perfume en el tabernáculo es una figura de la adoración y de la oración, que sube a Dios como sube el humo oloroso y dulce del incienso. No puede haber culto ni oración verdadera que no sea fundado en la sangre de Jesucristo, derramada en la Cruz para redimirnos del pecado. Dios aceptará el fuego que viene del altar donde la sangre ha sido derramada, y Dios aceptará el culto y oración de aquellos que creen en la salvación por medio de la sangre derramada en la Cruz del Calvario.

Cuando los hombres tratan de orar sin creer en el Señor Jesucristo, Dios no oye, en el sentido de hacer caso, sus oraciones. Solamente aquellos que han aceptado a Cristo como Salvador pueden orar de manera que Dios pueda aceptar sus oraciones. Cuando se predica un sermón o se enseña una clase en la Escuela Dominical, o un culto de jóvenes, dependiendo de la propia fortaleza y sabiduría del que lo hace, sin esperar que sea Dios el que dé el poder, se está cometiendo el mismo pecado que causó la muerte de los jóvenes Nadab y Abiú.

Dios ha dicho que todo trabajo cristiano ha de hacerse, «no con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Zac. IV, 6). Si la obra del Señor es hecha en cualquier otra forma, es como fuego extraño ofrecido a Dios, y es, a su vista, una abominación. Hoy en día, hay muchas Iglesias donde no se predica el Evangelio. Tienen culto, cantan himnos, oran, predicán, pero la verdad acerca de la sangre y de la muerte expiatoria de Jesucristo no es creída ni predicada. Tienen formas y ceremonias, pero no el Evangelio. Dios aborrece esto. El mero hecho de que se celebre un culto religioso, no significa que es un culto verdadero de adoración y alabanza a Dios. Si los hombres que oran, predicán y cantan no son creyentes en la salvación del hombre por medio de la sangre de Jesucristo, sus oraciones son pecado, sus cantos confusión y sus sermones blasfemia.

Dios castigó con la muerte a los dos primeros hombres que cometieron este peca-

trata el alma del individuo y lo que sucede después. Dejamos la historia allí donde se nos dice del avivamiento espiritual de aquella ciudad ocasionado por el testimonio de la samaritana, pues leemos que «muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él (Cristo), por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: «que me dijo todo lo que he hecho».

Aquí encontramos el camino de la verdadera felicidad. Un alma necesitada viene a Jesucristo. Él se revela como el Creador eterno y el Mesías-Salvador. Él promete agua viva, que será en nosotros una fuente que fluye para vida eterna. Nuestro encuentro y contacto con el Señor nos revela que somos pecadores. Él demostró a la mujer samaritana la profundidad de su naturaleza corrompida, en contraste con la brillantez de la luz de su santidad. Cuando vemos nuestros pecados al lado de esa santidad, estaremos presto a contestar que Él nos ha revelado todas las cosas que hemos hecho. Habremos visto entonces nuestra condición perdida.

Habremos visto quién es Aquél que nos habla. Nosotros podemos verle hoy mejor que la mujer samaritana, aunque ella contempló su rostro con los ojos materiales. Porque nosotros podemos ver a Jesucristo a través de la cruz, donde murió en lugar nuestro, y podemos saber mejor que ella que Él es amor, puesto que pagó tan grande precio por nuestra salvación.

Y cuando nacemos de nuevo, por la fe en el Crucificado, creyendo su veredicto acerca de nuestro pecado y acerca de su obra redentora, Él planta en nosotros el agua viva que nos hace llevar estas buenas nuevas de salvación a otras almas que aun no le conocen.

Yo me alegro que tenemos mención del testimonio de la mujer samaritana y de los hombres que creyeron en Él por las palabras de ella. Cuando nace un niño, lo primero que esperan aquellos que le reciben es oír su llanto, que denotará que tiene vida. Así cuando veo este testimonio de la samaritana respecto a Cristo, sé que ella había creído y tenía vida. Hay miles de miembros en nuestras Iglesias que jamás han abierto sus labios para hablar de Jesucristo. No tenemos señal que nos indique si es verdad que ellos han nacido de nuevo o no. Amigo que me lees, si tú eres un creyente verdadero en el Señor Jesucristo como tu Salvador personal, ve y di a tus parientes, amigos y vecinos: «Venid y ved a un Hombre que me ha revelado mi verdadera condición, y que también me ha demostrado su gran amor y su poder para salvarme, éste es el Salvador».

Y encontraréis entonces un nuevo gozo que no conocíais antes, y la fuente de agua viva que tenéis en vosotros, saltará de vosotros trayendo vida eterna a las almas sedientas que encontráis en vuestro camino por el desierto de esta vida.

D. G. BARNHOUSE.

¿Quiere usted buscarnos un nuevo suscriptor para este periódico?

do. Este ejemplo debía de haber sido suficiente para que las generaciones venideras no cometieran otra vez este pecado, pero, desgraciadamente, no fué así. Años más tarde Dios tuvo que decir al pueblo de Israel por medio de uno de sus profetas: «Aborre-cí, abominé vuestras solemnidades, y no me darán buen olor vuestras asambleas... quita de mí la multitud de tus cantares, que no escucharé las salmodias de tus instrumentos. Antes corra el juicio como las aguas y la justicia como impetuoso arroyo». (Amós, V, 21-24). Ellos estaban cometiendo el mismo pecado que Nadab y Abiú cometieron en tiempos pasados.

Hay muchos que hoy en día cometen este mismo pecado. Tengamos cuidado que sea el Espíritu Santo quien, sobre la base de la sangre derramada de Nuestro Señor Jesucristo, lleve nuestras alabanzas y oraciones a Dios, porque solamente de esta manera Dios las aceptará.

Los deseos de tu corazón.

La vida del cristiano no es siempre como la vida de hombres y mujeres que leemos en los libros de cuentos. Los héroes no son siempre coronados, ni los honrados llegan a enriquecerse, ni tampoco el noble caballero invariablemente pide en matrimonio a la hermosa princesa y viven muy felices el resto de sus días; puede ser que a veces suceda así, pero generalmente es todo lo contrario.

Esto hace que algunos creyentes débiles duden de las promesas de Dios y vivan en una continua queja porque su fe no es una llave que les abre el camino para todos sus deseos. Por el contrario, fracasan en los negocios, enferman, pierden seres queridos, y porque su fe en Dios no pudo impedir todas estas cosas, acusan al Todopoderoso por permitirles que sufran tantas calamidades.

Yo puedo comprender a esta clase de cristianos porque he pasado también por experiencia similar. Muchas veces leyendo el Salmo 37, versículo 4, «pon asimismo tu delicia en Jehová y Él te dará las peticiones de tu corazón», pensaba cómo esto podía ser verdad, porque en mi propia experiencia esto estaba lejos de ser así. Todos mis deseos, mis esperanzas y mis aspiraciones, parecían no realizarse nunca.

Hoy yo creo más que nunca todas las promesas de Dios. Por un lado, Dios ha prometido que en este mundo tendremos sufrimientos y dificultades. «En el mundo tendréis aflicción». (Juan, XVI, 33). «Todos los que quieren vivir piamente en Cristo Jesús, padecerán persecución». (2.ª Tim., III, 12). Estas son promesas tan seguras como las promesas de bendiciones. Hemos de tomar todas las promesas en nuestros cálculos. Dios no ha garantizado salvarme de las adversidades propias del hombre, pero sí ha escrito que me cuidará en medio de ellas.

De manera que cuando en mi vida vienen dificultades, Dios está cumpliendo una de sus promesas, y cuando Él me sostiene en mi tribulación, otra de sus promesas se cumple. Recordemos que cuando Jesucristo dijo que en el mundo tendríamos tribulación, también añadió: «mas confiad que Yo he vencido al mundo».

Sí, pero, ¿y qué de los deseos de mi corazón? Si pongo mi delicia en el Señor y además quiero millones de pesetas, ¿las tendré? Fe en Dios no es un camino para la satisfacción propia. ¿Cuáles son los verdaderos deseos de aquel que pone su delicia en el Señor? «No se haga mi voluntad, sino la Tuya». Cuando nos deleitamos y vivimos en el Señor, nuestro deseo será que su voluntad se haga en nosotros. Y cuando éste sea el deseo de nuestros corazones, entonces Él nos dará nuestros deseos.

Fe en Dios no nos dará todo lo que queremos, pero sí nos dará lo que Dios quiere que tengamos. Los incrédulos no necesitan lo que desean: los cristianos debían de desear solamente lo que necesitan. Y Dios ha prometido suplir todo lo que nos hace falta según sus riquezas en gloria por Cristo Jesús, Señor nuestro. Eso ha de bastarnos, porque lo que no necesitamos no nos puede hacer ningún bien.

El cristiano debe de orar «Quiero esto, o lo otro, si es, Señor, tu voluntad». Si no recibe lo que pidió, es señal de que no era la voluntad de Dios que lo tuviese; y si no era su voluntad, entonces, espiritualmente, él no lo deseaba. En esta bendita clase de deleite en el Señor no puede haber ninguna clase de desencanto.

Si ponéis en duda el versículo 4 del Salmo 37, no será porque la promesa ha fracasado, sino porque no estáis guardando la primera parte del versículo, la condición de la promesa. Si realmente ponemos nuestra delicia en el Señor, nuestros deseos se convertirán en la clase de deseos que Él ha prometido satisfacer.

POR FE

Dios puede usar las mismas palabras y hacer que ellas signifiquen dos cosas diferentes. En la Epístola a los Gálatas y en la Epístola a los Hebreos, leemos estas mismas palabras: «El justo vivirá por la fe». Pero tienen dos significados distintos.

En Gálatas estas palabras nos dicen cómo un hombre que por naturaleza está muerto en sus delitos y pecados, puede ser salvo y pertenecer a la familia de Dios; porque leemos: «Mas por cuanto por la ley ninguno se justifica para con Dios, queda manifiesto que el justo por la fe vivirá». Estas palabras nos dicen cómo un hombre que está muerto espiritualmente, puede recibir una nueva vida, no por las obras de la ley, sino creyendo en el Señor Jesucristo.

Ahora veamos lo que significan estas mismas palabras en la Epístola a los Hebreos:

«El justo vivirá por la fe». Aquí estas palabras no quieren decir cómo un hombre espiritualmente muerto puede recibir una nueva vida, sino, más bien, cómo un hombre que ya tiene esa vida espiritual, puede continuar viviendo en esa nueva vida, y también en este caso es la fe la que lo hace.

Que éste es el significado en este caso, es evidente cuando vemos el contexto. «Porque aun un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Ahora el justo vivirá por la fe». O lo que es lo mismo, que la vida que nosotros como cristianos vivimos en la carne es una vida basada no por vista, sino por fe. Por lo tanto, estas palabras nos dicen, no cómo hemos de ser salvos, sino más bien cómo una persona salva debe vivir, es decir, ha de vivir por la misma fe que nos salvó en un principio.

El caso de que en nuestra salvación la fe está puesta en contradicción a las obras, mientras que en la vida que el cristiano vive después de ser salvo la fe está puesta en contradicción a la vista, no cambia las cosas; porque en los dos casos es la fe la que nos ayuda.

Y si pensáis que esta vida del cristiano que descansa en la fe no puede ser muy activa o poderosa, leed el capítulo XI a los Hebreos, y cambiaréis de parecer. La razón por la cual tan pocos cristianos andan sobre las aguas como sobre tierra, que tan pocos muros son derribados ante ellos, y que tan pocos montes son quitados y echados en la mar, es debido a que ellos están dispuestos a admitir que son salvos por la fe, pero no están dispuestos a vivir también sus vidas cristianas enteramente por la fe.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN PARA 1932

España y Portugal.

Año	6,— ptas.
Semestre	3,— »
Paquetes desde 10 ejemplares:	
Trimestre, por ejemplar	1,25 ptas.
Semestre, por ejemplar	2,50 »
Año, por ejemplar	5,— »

América.

Año	10,— ptas.
Semestre	5,— »
Paquetes, por ejemplar	8,— »

Los demás países.

Año	12,— ptas.
Semestre	6,— »

Importante. — Las suscripciones por paquetes habrán de abonarse NECESARIAMENTE antes de terminar el trimestre correspondiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Beneficencia, núm. 18. - Madrid (4).
TELÉFONO 33590.

Gustosamente enviaremos ejemplares para propaganda a cuantos pastores y directores de Iglesias y Misiones lo soliciten.

CHAMBY: Las Iglesias Cristianas trabajando por la paz.

ERA el 31 de Julio de 1914 cuando en la histórica ciudad de Constanza se inició el movimiento eclesiástico que lleva actualmente el título de «Alianza universal para la amistad entre las naciones por medio de las Iglesias». La guerra que se desencadenó poco después paralizó la labor de este movimiento; pero al cesar las hostilidades, representantes de las Iglesias de los países afectados por la guerra decidieron llevar adelante aquella labor, y muy pronto se sumaron a ellos los representantes de Iglesias de otros países, hasta el punto de contar hoy con representaciones de todos los países de Europa, excepto Rusia, y de países de otros continentes, figurando entre ellos Estados Unidos. Este movimiento, eminentemente pacifista, cuenta hoy con representantes de treinta y siete países, comprendiendo la casi totalidad del catolicismo no romano. Dignatarios ortodoxos, obispos y laicos de la Iglesia anglicana, representantes de Iglesias reformadas, luteranas, viejos-católicos, metodistas, bautistas, etcétera, de todos los países, se reúnen cada tres o cuatro

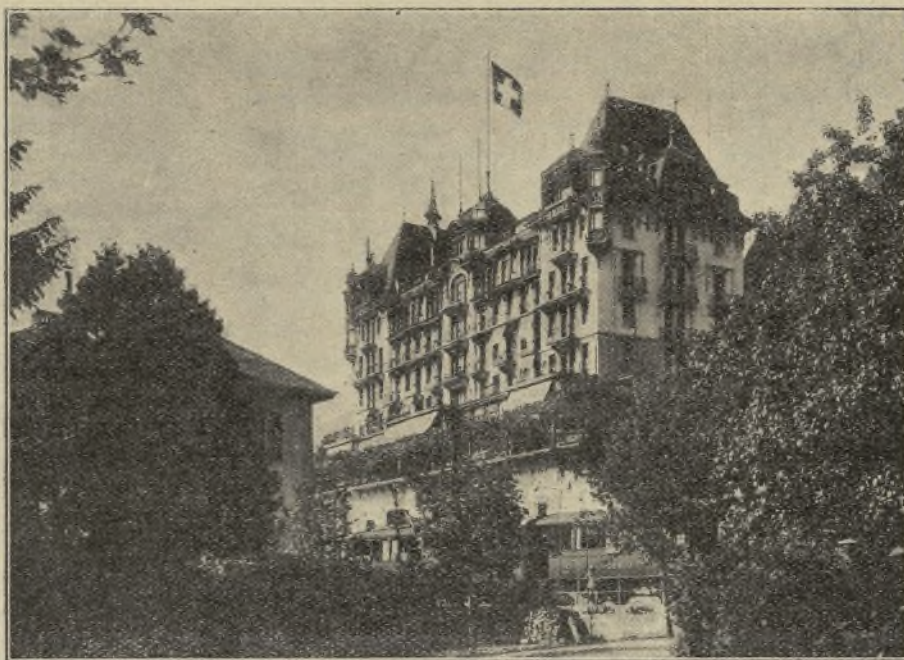
en tanto que Roma se muestra decidida simpatizante del fascismo y de todo sistema dictatorial.

Volviendo a nuestro asunto, las sesiones de la Conferencia tuvieron lugar en el Colegio de Chatelard, donde nos encontramos una vez más con buenos y queridos amigos de España, algunos de los cuales ya nos han visitado más de una vez. España estaba representada por los Rdos. Agustín Arenales

sesiones, que tuvieron lugar en el gimnasio del Colegio, debidamente preparado para el objeto, y donde algunos días tuvimos que soportar temperaturas de 10 grados. ¡A tal punto había llegado la temperatura en aquellas alturas!

El presidente de la Alianza, Lord Dickinson, abrió la Conferencia con un discurso en el cual habló del trabajo de la Alianza, que fué y sigue siendo el de llegar a establecer por medio de las Iglesias un espíritu de paz en todas las relaciones internacionales.

Al presente, las Iglesias están más dispuestas que nunca a ejercer su influencia en favor de la paz; por eso, los más fervientes sostenedores de la Sociedad de Naciones se encuentran en las Iglesias Cristianas, particularmente en los Estados Unidos, Inglaterra, la Francia protestante, y los ortodoxos países balcánicos. Y como el peligro más grande que hoy existe es el que se levanta de la Prensa pública, las Iglesias tienen sobre sí la difícil tarea de llegar a influir sobre esa Prensa. Más todavía, las Iglesias tienen la tarea de asegurar la observancia de los tra-



La Escuela Chatelard donde se celebraron las sesiones de la Conferencia de Chamby.

años en Asamblea plenaria, para cambiar impresiones sobre las graves cuestiones internacionales, consideradas a la luz del Evangelio. El Comité internacional, del cual forman parte representantes de todos los países adheridos a este movimiento, se ha reunido ya en St. Beatemberg, Copenhague, Estocolmo, Praga, Cambridge, y ahora acaba de reunirse en las pintorescas montañas de Chamby sobre Montreux (Suiza), celebrando todas sus sesiones en el magnífico palacio del Colegio de Chatelard, donde durante una semana han hecho vida en común los representantes de los distintos países.

El primado de Suecia, arzobispo Soderblom, realizó grandes gestiones para conseguir que la Iglesia romana se adhiera a este movimiento. Pero el Vaticano imponía tales condiciones y presentaba tales exigencias, que se vió claramente que no quería unirse a Iglesias que no acataran la autoridad infalible (?) del pontífice de Roma; y así siguió este movimiento pacifista concretado a las Iglesias protestantes y cismáticas,

y Juan Fliedner, de la Iglesia Evangélica Española, y el Rdo. Fernando Cabrera, de la Iglesia Reformada, miembros los tres del Comité internacional de esta Alianza; Portugal lo estaba por el Rdo. Alfredo da Silva, miembro del referido Comité, y el joven doctor Leopoldo Figueiredo; Italia, por el abogado Sr. Cesare Gay, que nos visitó con motivo del Congreso de Barcelona; algunas de las Repúblicas de Sud América, por el pastor Emmanuel Galland, que hace pocos meses pasó por Madrid; y no terminaríamos si hubiéramos de citar los nombres del centenar y medio de personas que representaban a más de treinta países, y a los cuales hay que añadir una veintena de visitantes que acudían a las sesiones mostrando así su simpatía por tan loable labor.

Los trabajos de la Conferencia comenzaron con un culto celebrado en la noche del lunes, día 12, en la capilla del Colegio, y en el cual predicó un piadoso y edificante sermón el obispo de Novi Sad, de la Iglesia Ortodoxa de Yugo Eslavia; y a las nueve de la mañana del día siguiente empezaban las

tados hasta que un sentimiento de justicia se haya desarrollado entre los pueblos. Si las Iglesias de todas las naciones se unieran en un esfuerzo común, seguramente podrían hallar el modo de resolver los problemas actuales, porque ellas son las que tienen las llaves del templo de la paz. Ellas deben luchar también contra la subordinación de la vida espiritual a las fuerzas políticas. El abuso de la potestad secular hacia todo lo religioso no debe tolerarse. Ningún Estado podría resistir si las Iglesias se acercaran a la Sociedad de Naciones con una demanda en favor de la libertad religiosa.

Al presente, las Iglesias Cristianas todavía están lejos de ejercer su plena influencia en el campo internacional. Muchas veces parece que ellas no creen en un peligro inmediato de guerra, y que las cuestiones actuales sólo conciernen a los políticos. Sin embargo, la paz es una planta que necesita un constante cultivo. Las Iglesias están en el deber de pronunciar abiertamente su juicio sobre el asunto. Incumbe a todos los

cristianos organizarse debidamente, para que si en el mundo apareciera de nuevo la guerra, no llegara ésta a revestir los caracteres de la del 1914. Una ráfaga de entusiasmo cristiano de veras podría dar nueva vida a la Sociedad de Naciones, y librarnos de presenciar su fracaso. La derrota de Ginebra se debe realmente al hecho de que las fuerzas espirituales que regulan los asuntos de los hombres están allí ausentes. Los estadistas tratan de resolver sus problemas por cauces materiales en lugar de aplicar los principios fundamentales de la justicia y del bien estatuidos por el divino Creador. Nosotros debemos realizar un supremo esfuerzo para organizar y disciplinar las comunidades cristianas, y hacer lo posible por que venga a este trabajo la Iglesia romana, para que todos juntos realicemos una labor pacificadora en todos los pueblos.

Las discusiones fueron abiertas por el obispo Rodhe, de Suecia, el Rdo. E. C. Urwin, de Inglaterra, y el pastor Lauriol, de Francia, que trataron desde diferentes puntos de vista el asunto de la responsabilidad de las Iglesias en las cuestiones políticas. El obispo Rodhe distinguió entre los órdenes naturales y los de la revelación. Él sostuvo que las leyes naturales de razas, y las cuestiones económicas y sociales, no deben confundirse con las del Reino de Dios, aunque los órdenes de la naturaleza puedan ser guiados por un sentimiento cristiano. Los otros dos oradores afirmaron que la revelación de Dios en Cristo es universal y afecta a toda actividad humana, recalcando el deber político de las Iglesias. Al mismo tiempo que las Iglesias cristianas deben abstenerse de formar partidos políticos y de propugnar una determinada forma de gobierno, deben inspirar a los cristianos y al Estado para que proclamen el mensaje del Evangelio en toda su pureza, y mantenga sus divinas demandas.

La discusión que siguió mostró que la mayoría estaba a favor de estas últimas opiniones, aun reconociendo que no podían tomarse decisiones sobre ellas por ser cuestiones de grandes dificultades. Los representantes de la Iglesia Oriental mostraron la importancia del mensaje del Evangelio en su relación con la vida política y social, hecho que demuestra cómo la Iglesia Ortodoxa se mueve haciendo sentir su influencia.

La labor del segundo día empezó con lo que llaman «sesión de negocios», *business session*. Lord Dickinson fué nombrado presidente honorario, siendo altamente apreciados los servicios que lleva prestados en la causa de la paz por medio de las Iglesias. El obispo Ammundsen, de Dinamarca, le sucedió en la presidencia, siendo su elección recibida con general aplauso. El Rdo. W. P. Merrill, presidente de la *American Church Peace Union*, fué elegido vice-presidente del Comité Internacional, y el obispo Irineo, de Novi Sad, presidente del Comité Administrativo.

La tarde fué dedicada al problema de las

minorías. La Comisión de Minorías, de esta Alianza, había tenido una importante reunión, en la cual estuvieron presentes, además de ciertos representantes de las minorías religiosas, algunos hombres especializados en este asunto.

El Comité Internacional aprobó la resolución concerniente a las Minorías propuesta por la Comisión. Los puntos esenciales de esta resolución son los siguientes:

La Alianza Universal para la amistad internacional mediante las Iglesias acepta una vez más la tarea confiada a ella de proteger, con toda su fuerza, a las minorías de raza, de lengua y de religión. Para todas las Iglesias la autoridad sobre este asunto son las palabras de Cristo: «Vosotros sois mis amigos, si hicieréis todas las cosas que yo os mando»; «este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros»; «como el Padre me ama, así os amo yo».

La Alianza apela a los Comités nacionales para que continúen protegiendo a las minorías religiosas de sus respectivos países, y presenten a sus Gobiernos, con miras a obtener de la Sociedad de Naciones y de sus mismos Gobiernos:

a) que se solicite de todos los Estados, y con referencia a las minorías, las mismas obligaciones que tienen con aquéllas que han sido objeto de determinados tratados.

b) que se cree una Comisión permanente de minorías para hacer un examen regular de la situación.

La Alianza dejó a su Comité ejecutivo el decidir si procedía, previa consulta con el Gobierno de los Soviets, enviar una delegación a las Iglesias Cristianas de Rusia, con el propósito de ver si es posible vencer las dificultades que se encuentran para enviar ayuda a las Iglesias de aquel país.

Por razones de urgente necesidad, creadas por la política racial, nacionalista y religiosa, las Iglesias deben hacer enérgicos esfuerzos para cumplir las obligaciones que incumben al Cristianismo.

Se propuso acudir a las organizaciones ecuménicas para que se forme un Bureau Central que dé asistencia eficaz a los emigrantes.

La Alianza vió con mucho agrado la iniciativa tomada por el Gobierno de Noruega, que inspirándose en el espíritu de Nansen, se propone que la cuestión de los refugiados sea puesta sobre la mesa en la próxima reunión de la Sociedad de Naciones.

La discusión de esta resolución fué precedida por un notable trabajo sobre el problema de las minorías, presentado por la señora Bakker van Bosse, de Holanda, que por muchos años ha sido la colaboradora de Lord Dickinson en la Comisión de Minorías de la Unión de la Sociedad de Naciones. La señora Bakker mostró cómo la Sociedad de Naciones se ha visto dificultada para cumplir sus propósitos acerca de las minorías, y cómo el problema ha sido injustamente considerado con motivo de que un estatuto de minorías era impuesto sobre las naciones mientras los principales firmantes evadían cumplir sus obligaciones. La exacta información suministrada por esta dis-

tinguida experta confirmó con sus detalles los resultados del trabajo de la Comisión y de la resolución aprobada por el Comité Internacional.

El profesor Ruysen, muy bien conocido en los círculos internacionales, ofreció al Comité Internacional de la Alianza, en la sesión de la mañana del jueves, un breve y luminoso «balance sobre la presente situación internacional». Hubiera sido imposible decir más en menos palabras. El *debe* del balance es bien conocido de todos, y uno de los defectos morales del tiempo actual es darle constantemente una excesiva importancia, mientras, por otra parte, es pueril ignorarlo. Además de las amenazas visibles, el orador habló de las invisibles. Italia, Japón y Alemania tienen un exceso de población sin modo de salir. Este es el peligro más grande para el futuro, por los propósitos de expansión y colonización que consigo llevan. La Sociedad de Naciones ha aumentado su crédito con la entrada de nuevos miembros, y continúa su buena labor en muchas esferas (mandatos coloniales, higiene internacional, etc.). La desilusión acerca del fracaso de la Sociedad fué vivamente manifestada en muchos puntos del discurso, que evidenció también la falta de comprensión de las causas de este fracaso. Pero es mucho más importante que el mundo se dé cuenta de sus fracasos, y que se despierte un mayor interés por los problemas internacionales. La solidaridad de las naciones es evidente, aunque muchos quieran negarlo. La generación joven desea y busca una solución, y parece más capaz para lograr un éxito que las viejas generaciones.

El obispo Ammundsen, en un breve, pero enjundioso discurso, mostró la actitud que la Iglesia debe adoptar a la vista de tal situación. El Primer mandamiento y la Cruz, la obediencia al Un solo Dios hasta llegar si es preciso al sacrificio, debe ser en toda su sagrada majestad, lo que domine esa actitud. La unidad del Espíritu en el vínculo de paz: esto es lo que debe ser la Iglesia. Ella ha sido dada a la Humanidad como un refugio que atraviesa las fronteras y borra las diferencias, y como un centro de unión para todos los hombres de buena voluntad.

La tarde de este día estuvo dedicada a los *rapports* de las Comisiones, después del *rapport* del secretario general Mr. Henriod, y de los secretarios internacionales. Y por la noche el secretario, Mr. Atkinson, leyó un bien escrito trabajo sobre el tráfico de armas, y pidió a la Alianza que prestara toda su atención a este problema, propugnando el control de la fabricación privada de armas, y la creación de un Comité internacional que se ocupara de ejercer este control, pues la única solución para un desarme eficaz es desarmar.

En la mañana del viernes, después de escuchar un interesante *rapport* del secretario señor Henriod, se acordó que la Alianza

colaborase con el movimiento «Life and Work» (Vida y Obra) en la preparación de la Conferencia mundial de Iglesias que se celebrará (D. m.) el año 1937, sobre el tema «Iglesia, Comunidad y Estado». Esta colaboración tendrá por objeto, de un modo especial, la preparación completa del asunto de «La Iglesia y las relaciones internacionales», lo cual implicará el estudio de todas las proposiciones referentes a la reconstrucción de una justicia internacional, y a la parte que las Iglesias tendrán que tomar para crear una verdadera colaboración entre las naciones.

El otro asunto que se estudió esta mañana fué el referente a la manera de solucionar la incompatibilidad que actualmente existe entre el servicio militar y los escrúpulos de conciencia. El pastor de París, Mr. Julio Jézéquel, uno de los secretarios de la Alianza, presentó un interesante y bien documentado trabajo sobre este asunto, que tanto en Francia como en Inglaterra empieza a preocupar a las generaciones más jóvenes. En la discusión que se siguió, se demostró bien claramente que esta cuestión de la conciencia debe ser incluida dentro del problema de la guerra, y se decidió que las Iglesias se dirijan oficialmente a sus Gobiernos respectivos, solicitando que en todos los países donde existan los servicios militares de choque, se establezcan servicios civiles para aquéllos que, por motivos de conciencia, no quisieran ir al ejército como entidad guerrera. Por añadidura, los Comités nacionales de la Alianza deberán estudiar este problema de las cuestiones de conciencia, para ver si es posible llegar en el mitin del año próximo a constituir un frente único sobre este asunto.

En la mañana del sábado, el Comité Internacional de la Alianza resolvió presentar una declaración acerca del conflicto italo-abisinio. Esta declaración, que fué aprobada por unanimidad, dice así:

«La Alianza Universal para la amistad internacional mediante las Iglesias», fervientemente consagrada a la causa de la paz por la buena voluntad, y creyendo que el Reino de Dios está por encima de todos los intereses individuales y nacionales, a la vista de la crítica situación a que se ha llegado en las relaciones entre Italia y Abisinia manifiesta:

Que un rompimiento de hostilidades entre dos naciones, cristianas por profesión, miembros de la Sociedad de Naciones y signatarias ambas del Pacto de París, sería una inexplicable calamidad, amenazaría la paz del mundo entero, pondría en peligro

las comisiones de justicia internacional que han sido levantadas pacientemente después de la terminación de la Gran Guerra, y debilitaría las mismas bases de la común moralidad.

Con satisfacción observamos los esfuerzos de la Sociedad de Naciones para robustecer la Comisión de Arbitraje y la acción de los dos Gobiernos para ver de armonizar el trabajo de la Comisión y señalar un quinto árbitro. Fervientemente esperamos que por tales medios será posible encontrar una solución satisfactoria.

Nosotros sentimos como un solemne deber, en nombre de la religión que profesamos, asegurar nuestro convencimiento de que cualquier nación que rompa su palabra para usar medios que no son pacíficos en la resolución de conflictos internacionales, está condenada, no sólo por el juicio moral de la sociedad humana, sino por la enseñanza y el espíritu de Jesucristo.»

El trabajo final de la Conferencia fué la discusión y aceptación del mensaje de la Alianza a las Iglesias, presentado por el obispo Ammundsen. Este mensaje, que en seguida obtuvo las simpatías de todos los miembros de la Conferencia, por la forma sabia, clara y espiritual en que estaba concebido, fué unánimemente aceptado. El mensaje expresa la urgente esperanza de que las Iglesias todas y por medio de las Iglesias el pueblo en muchos países, llegará a reconocer, y a obrar en conformidad con ello, su muy sagrada responsabilidad en la difícil situación de nuestro tiempo, y la esperanza de que un frente único se levante en medio de la lucha que existe entre la fe cristiana y la opinión del mundo, en la cual — como dice el mensaje — se está manifestando un espíritu gentil. Además de esto, si la lealtad al Estado como un instrumento de justicia es un mandato divino, el Estado debe respetar los derechos tanto de los individuos como de los otros Estados. Esto entra además dentro de los límites de la obediencia a Dios. Solamente un Cristianismo preparado para sufrir podrá sostenerse en esta lucha. Sobre todo, la Iglesia debe luchar más y más enérgicamente contra toda tendencia que lleve a la guerra, y contra esas ideas que consideran la guerra como un mal inevitable, que esteriliza todos los esfuerzos en contra de ella. Una firme determinación para desterrar la guerra promoviendo el arbitraje y el desarme general, fortaleciendo y haciendo más eficaz la Sociedad de Naciones, es y seguirá siendo la más sagrada responsabilidad del Cristianismo; pero el Cristianismo no podrá cumplir esta sagrada tarea a menos que oiga el llamamiento al arrepentimiento y a la regeneración, y aprenda a mirar de una manera completamente nueva a la Iglesia Universal como a una realidad alentadora.

Después de ser aprobado este elevado mensaje, Lord Dickinson, que había presidido por última vez una Conferencia de esta clase, puso fin a esta Conferencia del Comité Internacional, una Conferencia abundante

Alianza Evangélica Española.

Temas de Oración para Septiembre.

ACCIÓN DE GRACIAS:

Por las nuevas oportunidades que el Señor nos ofrece continuamente para que su Palabra corra y sea glorificada.

Por las asambleas y convenciones celebradas recientemente, y que demuestran la actividad de las Iglesias cristianas.

Por las nuevas almas ganadas para Cristo.

SÚPLICAS:

Para que las dificultades que encuentra la Obra evangélica en nuestro país sea un revulsivo que despierte a los hermanos que duermen, y les traiga urgentemente a una vida de activo servicio.

Para que esas dificultades se conviertan en nuevos motivos de glorificación a Dios.

Para que se solucionen los difíciles problemas por que el mundo atraviesa, y desaparezca del horizonte el funesto espectro de una nueva guerra.

Por una verdadera libertad de cultos en España.

Pueden añadirse las peticiones que aconsejen las circunstancias.

dante en trabajo, animadora en ideas, grata en impresiones.

Digno remate de tan importante Conferencia fueron los dos actos que se celebraron el Domingo 18, en Montreux: por la mañana un culto en el antiguo templo, dirigido por el pastor Marc Boegner; y por la noche un mitin público, en el cual hablaron varios oradores, y entre ellos Lord Dickinson, que explicó en un magnífico discurso los principios que dieron origen a la «Alianza Universal para la amistad internacional mediante las Iglesias».

España, en Agosto de 1929: Monarquía. — La primera autoridad de Cataluña prohíbe que la sesión de clausura del II Congreso Evangélico Español se celebre en un teatro. **NO HAY libertad de cultos en España.** La Alianza Evangélica acude al Ministro de la Gobernación, el cual se inhibe del asunto.

España, en Agosto de 1935: República. — La primera autoridad de Cataluña prohíbe que la sesión de clausura de la Convención Bautista se celebre en un cine. La Constitución dice que **HAY libertad de cultos en España.** La Alianza Evangélica acude al ministro de la Guerra, el cual se desentiende del asunto.

Sin comentarios.

El próximo número de ESPAÑA EVANGÉLICA se publicará el jueves, día 12 de Septiembre, y en él publicaremos la información de la Convención de Budapest, y otros interesantes trabajos.

NOTAS BREVES

IN MEMORIAM

Enrique Blanco Banderas

Después de una breve, pero penosa, enfermedad, soportada con resignación cristiana, partió a la mansión de los justos, el 23 de Julio, D. Enrique Blanco Banderas, hijo de D. Enrique Blanco García, pastor que fué durante muchos años de la Iglesia de Matamoros, del Pasillo de Guimbarda, en Málaga, y sobriño del célebre D. Manuel Matamoros.

Los cultos fúnebres celebrados en la morada del difunto y en el cementerio estuvieron a cargo del reverendo Claudio Gutiérrez Marín, quien pronunció en el último lugar citado un breve, pero elocuente y sentido discurso, sobre estas palabras del divino Maestro: «Sobre poco has sido fiel; sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu Señor». Terminó el triste acto con una oración del que suscribe.

Acertado estuvo en la elección del texto e inspirado en su exposición el Sr. Gutiérrez Marín; porque sin ser el finado pastor evangélico, trabajó no poco, y siempre que pudo hacerlo, por dar a conocer las doctrinas del Redentor.

A los once años marchó de Málaga a Francia (Sainte-Foy, Burdeos) para estudiar más intensamente, en donde permaneció hasta los dieciséis años, en cuyo lugar adquirió nuevos y profundos conocimientos religiosos por medio del Sr. Booth, fundador del «Ejército de Salvación». De allí pasó a Londres, en donde estudió la carrera de ingeniero mecánico. En Greenwich conoció a la que después fué su esposa, Mme. Valentine Jourdan, y allí fueron bautizados por los hermanos. Terminó su carrera a los veintiún años e hizo prácticas en París y en el norte de Francia. Después regresó a Málaga, y en las horas que sus ocupaciones le dejaban libre ayudaba a su padre en la Obra del Señor en clases nocturnas, industrial, dominical, estudios bíblicos, etc.

En París, donde vivió varios años, trabajó no poco en la Unión Cristiana de Jóvenes, realizando además muchas excursiones de propaganda por las afueras de la capital. Regresó nuevamente a Málaga, y el 7 de Febrero de 1903 fué conducido por la Guardia civil desde Villanueva del Rosario a Archidona, en unión del colportor, D. Juan Bonachera, y del que estas notas escribe, porque el curita del pueblo no quería allí protestantes. Y porque tanto a éste como al cacique de Villanueva les escocían los artículos que D. Enrique escribía en favor de los vilmente explotados. Después, por enfermedad de su padre, se hizo cargo de la capilla de Matamoros, celebrando los cultos por espacio de tres años, hasta que el Rvdo. Mitchell trasladó su Iglesia a dicho local.

Nombrado concejal republicano del Ayuntamiento de Málaga, puso todo su trabajo y energía al servicio de los necesitados, de los pobres, de los injustamente perseguidos. ¡Cuántos beneficios y favores prodigó el llamado *Concejal Protestante*! Y por último, en reñidas oposiciones, ganó la cátedra de francés en el Instituto de Vélez-Málaga, cargo que ha desempeñado hasta los primeros días de la enfermedad que le ha llevado con su Salvador.

Y no quiero terminar estas notas sin hacer constar el sentimiento que manifestó y las simpatías que nos demostró al saber que se cerraba para siempre la Iglesia Reformada en Málaga.

Tanto a su esposa como a sus hijas y demás familia les ratificamos una vez más nuestro profundo pesar por la irreparable pérdida del hombre abnegado, cariñoso, servicial, cristiano; al mismo tiempo que les recordamos que «no se alijan como los otros que no tienen esperanzas, porque él fué fiel en lo poco, sobre mucho ha sido puesto y ha entrado ya en el gozo de su Señor. — José Pimentel Vega.

ALFONSO FOTOGRAFO
TELÉFONO 2569
FUENCARRAL 6, MADRID

Felicitamos al querido amigo D. Cecilio Fernández, de Santiago de Compostela, por el nacimiento de su cuarto hijito, al que, por las circunstancias concurridas en su nacimiento, se le ha puesto el nombre de Samuel. Que el Señor le bendiga abundantemente.

— *Iglesia del Buen Pastor, Madrid.* — Durante el culto extraordinario que esta Iglesia celebró el Domingo día 28 de Julio, el Rdo. Zacarías Carles Just presentó y ofreció al Señor una niña, llamada María. Al nacer esta pequeña falleció su madre, y entonces sus familiares la entregaron a la Srta. María Calvo, para que la prohiyera y cuidara como si fuera su propia madre, cosa que con todo cariño hace nuestra querida hermana. Al final del culto fueron bautizadas dos creyentes, previa la confesión de su fe, por el mismo Rdo. Carles Just. Hizo un vibrante llamamiento a las almas el catedrático D. Moisés Calvo, de Zaragoza. El Domingo siguiente, día 4 de Agosto, y por el Rdo. Elías Araujo, fueron admitidos a la Iglesia tres nuevos creyentes. Sinceramente felicitamos a esta original Iglesia unida, de Prosperidad, a la que deseamos muchas bendiciones del Señor.

— *Iglesia Evangélica, Gijón.* — En Bristol (Inglaterra) durmió en el Señor D.^a Alicia Goyen. Esta hermana vino a España en 1924, y después de estar unos seis meses en Marín, llegó a Gijón, donde ha colaborado en la obra hasta Septiembre del año pasado. Por su vida abnegada y su carácter muy cristiano, habíase granjeado el amor y estima de toda la Iglesia y congregantes. Sus dotes musicales, que eran excepcionales, han sido un inmenso beneficio en las reuniones. Los hermanos gijoneses lloran su partida, pero se consuelan al pensar en la dicha de ella, en la presencia de su Salvador y Señor.

NUESTRA ESTAFETA

J. H. T., Ronda. — Enviamos el periódico al señor M. B. con toda puntualidad. Sería bueno averiguar si en su casa, o en esa oficina de Correos, hay alguna persona interesada en que nuestro amigo no reciba este periódico.

«Deus ex machina.»

Estas palabras latinas que el lector habrá visto reproducidas frecuentemente en calidad de «frase hecha» y que, literalmente traducidas, significan «un dios salido de la máquina», están tomadas de la *Eneida*, el inmortal poema épico de Virgilio; se usan comúnmente para expresar el desenlace, por una acción o intervención sobrenatural, de una situación difícil.

OFERTAS Y DEMANDAS

(25 céntimos línea.)

DOÑA Beatriz Cañas de Menchén, profesora en partos. Señorita María Menchén Cañas, enfermera oficial, con prácticas en el Hospital Clínico y en la Enfermería Evangélica. Señora Madrigal de Menchén, fajas ventrales, especialidad para embarazadas. Carretera de la Bordeta, 30, 1.º, 1.ª (Plaza de España). Barcelona.

Quando haya leído este periódico, no lo tire; envíelo a algún conocido.

ESCUELA DOMINICAL

Domingo 8 de Septiembre.

Lidia y Priscila: mujeres cristianas en la vida industrial.

Hech., XVI, 11-15; XVIII, 1-4, 24-28.

TEXTO ÁUREO: Dadle el fruto de sus manos, y alábenla en las puertas sus hechos. — Prov., XXXI, 31.

TÍTULO: Una reunión cerca de un río.

1) PROPÓSITO: Demostrar que Dios tiene un lugar importante designado para las mujeres.

2) INTRODUCCIÓN: ¿Qué se pensaría viendo que las mujeres son compradas o vendidas de la misma manera que se compra o vende ganado o muebles?

3) LA LECCIÓN: Nuestra lección nos habla de dos mujeres. Lidia y Priscila, quienes fueron salvas y encontraron lugares en el servicio de Cristo. Discútase la obra de otras mujeres de la Biblia: María, la hermana de Moisés y la parte que tuvo en su cuidado y adopción en la familia real; Ana, Débora, la reina Esther, Ruth y la doncella que servía en casa de Naamán el Siro. Sería bueno asignar a cada discípulo uno de estos personajes para que relaten su historia.

4) ILUSTRACIONES: *Predicando a Cristo.* — Cierta persona fué una vez a escuchar la predicación de Spurgeon y cuando regresó a la casa de su amigo, con el cual estaba viviendo, éste le preguntó: «¿Qué piensa usted de la predicación de Spurgeon?», a lo que él contestó que nada, «pero — dijo — nunca puedo olvidar a su Salvador».

Domingo 15 de Septiembre.

Timoteo: la preparación de un obrero cristiano.

2.ª Tim., I, 1-14.

TEXTO ÁUREO: Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que traza bien la palabra de verdad. — 2.ª Tim., capítulo V, versículo 15.

TÍTULO: Un ministro en preparación.

1) PROPÓSITO: Demostrar cómo se puede llegar a ser un misionero eficaz.

2) INTRODUCCIÓN: David, para gobernar el pueblo de Dios, tuvo que prepararse dominando todas las condiciones adversas que se le presentaron. Los maestros, los doctores, los comerciantes necesitan prepararse: mucho más los predicadores del Evangelio.

3) LA LECCIÓN: Timoteo era un buen joven; pero necesitaba prepararse para ser un obrero de Dios. Háblese de la preparación que recibió en su hogar y de su conversión bajo el ministerio de Pablo. Demuéstrase que recibió una larga preparación siendo un compañero de Pablo. Háblese de algunos de los trabajos y persecuciones que sufrió con Pablo. Menciónense algunos de los trabajos o responsabilidades que Pablo delegó en Timoteo. Después de algunos años de preparación fué hecho el pastor de la Iglesia de Efeso. Deseñe énfasis a la necesidad de prepararse debidamente para el trabajo de la vida.

4) ILUSTRACIONES: Hágase una breve biografía de Timoteo.

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
ALAMEDA, 12 - MADRID